

# UN LUGAR EN EL MUNDO

KATHERINE MARSH



Habían esperado a propósito una noche de julio de luna nueva y cielo encapotado. Así habría menos posibilidades de que los guardacostas griegos los vieran, dijeron los traficantes.

Sin embargo, en esos momentos el problema era su invisibilidad. El borde del bote de goma inflable cabeceaba apenas diez centímetros por encima del Egeo, unos cuantos menos que al comienzo de la travesía. No había tierra a la vista. El capitán se esforzaba por volver a arrancar el motor mientras las siluetas de dieciocho hombres, tres mujeres y cuatro niños se apiñaban entre sí. Algunos iban con chalecos salvavidas que no eran de su talla; sólo unos pocos sabían nadar.

—Si no se pone en marcha nos ahogaremos —señaló una de las mujeres, alzando su débil voz por el pánico.

Nadie le llevó la contraria.

Ahmed Nasser se aferró el chaleco contra el pecho. Era demasiado pequeño para un chico de catorce años, y más para uno que ya era tan alto como su padre. Recordó las historias que había oído contar en Turquía sobre traficantes que vendían chalecos salvavidas defectuosos con los que la gente se hundía en lugar de flotar.

Una mano le tocó el hombro.

—Ahmed, alma mía, no tengas miedo.

El chico miró a su padre, su cuerpo corpulento apretado contra el costado del bote. Llevaba al hombro un neumático y sonrió con serenidad, como si supiera que todo iba a salir bien. Pero el olor a cuerpos sucios y sudorosos, las miradas aterradas y las desagradables sacudidas de las olas picadas indicaban lo contrario.

—La señora tiene razón —susurró Ahmed—. El bote se está deshinchando. Si el motor no arranca...

—Chist —lo interrumpió su padre con un tono autoritario aunque suave, como si quisiera tranquilizar a un niño.

Sin embargo, Ahmed era lo bastante mayor para percibir la impotencia que ocultaba. Pensó en su madre, en sus hermanas y en su abuelo, ¿sería peor su muerte que las de ellos? Su padre le había asegurado que no habían sufrido. Pero sin duda habían sido más rápidas. Sin tiempo para falsas palabras de consuelo.

Menos de diez kilómetros separaban la costa de Turquía de la isla griega de Lesbos. Ahmed intentó distinguir las luces de tierra firme o de alguna otra embarcación, pero no vio nada. ¿Dónde quedaba Europa? ¿Dónde estaba el resto del mundo? Ni siquiera había una estrella que brillara con la promesa de que en alguna parte los esperaba algo mejor. El cielo estaba tan oscuro como el agua que se extendía por debajo de ellos. Apenas veía la esfera del reloj de acero inoxidable que su padre había llevado siempre y que esa noche le había puesto en la muñeca.

El Seamaster Omega de su bisabuelo. *Seamaster*. ¿«El señor del mar»? El nombre le pareció irónico en esas circunstancias.

—*Baba*, sabes que no sé nadar —susurró.

—No será necesario —respondió su padre.

Pero ya tenía las zapatillas de deporte empapadas por el agua que corría por el fondo del bote. Muchos arrojan fardos al mar intentando aligerar la carga. Ahmed veía cómo cabeceaban hasta que se alejaban flotando o se hundían. Algunos trataban de achicar el agua con botellas de plástico, pero apenas servía de nada. La mujer que tenían delante se echó a llorar. Y hasta entonces no se dio cuenta de que llevaba un bebé colgado en un pañuelo en bandolera.

—No llores —le dijo con tono suave el padre de Ahmed—. Ya hay suficiente agua en este bote.

Sin embargo, eso sólo hizo que la mujer llorara más fuerte.

—*Allahu Akbar* —rezaban varias personas.

—*Baba*...

—La mujer tiene razón —lo interrumpió su padre—. Hay que mantener el bote en movimiento. Pero tú no te hundirás. Y los demás tampoco.

Ahmed se fijó en cómo miraba a la mujer con el bebé y a los demás desconocidos que, desesperados y aterrados, iban en el atestado bote. *Baba* se quitó el neumático que le colgaba del hombro y se lo deslizó a él alrededor de la cabeza y el torso. Luego se inclinó y le susurró al oído:

—Perdóname, alma mía. Debo dejarte un momento.

—¿Dejarme? ¿Adónde vas?

Pero su padre ya se había vuelto.

—*Baba!*

Ahmed intentó agarrarlo, pero tenía los brazos inmovilizados a los costados por el neumático. Cuando logró li-

berarlos, la pierna de su padre ya estaba por encima de la borda.

Ahmed se precipitó hacia delante para detenerlo, pero era demasiado tarde. Su padre se deslizó dentro del agua como una anguila. Un instante después apareció de nuevo, flotando para no hundirse.

—¿Qué estás haciendo?! —le gritó Ahmed.

—Hay que tirar del bote.

Su padre recorría a los demás pasajeros con la mirada.

—¿Alguien más sabe nadar? —preguntó.

Provenían de distintos lugares —Siria, Afganistán, Irak—, pero por la expresión de impotencia con que se miraban, Ahmed comprendió que todos tenían algo en común: ninguno sabía nadar.

—Yo —dijo de pronto una voz en árabe con acento iraquí a sus espaldas.

Ahmed se volvió. Un hombre menudo y enjuto se quitó la chaqueta y la camisa, y se los dio a la mujer que tenía al lado, que los dobló con cuidado, como para dejar claro que esperaba verlo volver. Entre ambos había una niña medio engullida por el chaleco salvavidas.

—Yo también —confirmó el capitán.

Parecía avergonzado por el fallo del motor, pero Ahmed se daba cuenta de que él no tenía la culpa. Ni siquiera era capitán. Sólo era un estudiante de ingeniería de Homs a quien los traficantes habían escogido entre los refugiados para que pilotara el bote. Ese ingrato deber le había valido una boya alargada de color naranja. La arrojó al mar y luego se zambulló tras ella.

Ahmed intentó devolver a su padre el neumático, pero él se negó a cogerlo, afirmando que le estorbaría. Los hom-

bres nadaron hasta la parte delantera del bote y, a la luz de una linterna que un pasajero apuntó hacia el agua oscura, enrollaron el cabo de proa alrededor de la boya. Hablaban tan bajito que Ahmed no alcanzaba a oírlos. Luego cada uno se aferró al cabo con una mano, y movieron los pies y el brazo que les quedó libre para tomar impulso. El padre de Ahmed iba delante, y los otros dos hombres detrás.

El bote avanzó bruscamente, como si una mano gigante les hubiera dado un empujón.

Entre los pasajeros se alzaron vítores y gritos de «¡Alabado sea Dios!». Los que estaban sentados en el centro del bote achicaban el agua acumulada en el fondo con botellas y se las pasaban a los que estaban en los costados para que las vaciaran. Mientras ayudaba, Ahmed notó cómo su miedo disminuía, reemplazado por el orgullo de saber que era su padre quien guiaba a los nadadores. Le recordó los fines de semana de antes de la guerra, cuando su familia hacía barbacoas y pícnicos con los amigos en las afueras de Alepo. Entrada la noche, su padre encabezaba el *dabke*, haciendo dar vueltas a la hilera de bailarines que se tomaban de las manos y golpeaban el suelo con los pies al son de los tambores y las panderetas. Ahmed miraba el cielo estrellado y se dejaba llevar, sabiendo que *baba* estaba al frente.

Pero una media hora después volvió bruscamente a la realidad cuando el viento arreció y las olas picadas zarandearon el bote. De vez en cuando caían sobre los bordes desinflados, y Ahmed oía el chapoteo del agua acumulada en el fondo. Miró preocupado hacia el haz de luz que iluminaba a su padre y a los otros nadadores. Sobre sus cabezas rompían olas espumosas que les frenaban el ritmo,

pero ellos seguían impulsando el bote con el brazo que les quedaba libre.

Empezó a caer un fuerte chaparrón de verano. Al cabo de unos minutos, Ahmed estuvo empapado. Sabía que esos aguaceros nunca duraban mucho, pero el mar se picó aún más. Los nadadores se vieron arrojados hacia las olas, y el bote cabeceó y zozobró tensando el cabo que los sujetaba, pero permaneció a flote.

Luego llegó la ola lateral.

Ahmed no la vio, pero la sintió. Incluyó el bote hacia un lado y pareció sostenerlo en esa posición como si considerara el valor de su cargamento. Tomó aire, creyendo que volcaría. Pero la ola dejó que el bote descendiera de lado y cayó en cambio sobre los nadadores, que desaparecieron por completo. Luego arrancó la boya del cabo y la arrojó hacia la oscuridad.

Se instaló el silencio y la conmoción reinó un instante, justo antes de que todos empezaran a gritar, enfocando el agua con la linterna de sus móviles.

—¿Dónde están? ¿Alguien los ve?

El capitán salió a la superficie farfullando. El iraquí también sacó la cabeza, respirando entrecortadamente, con el cabo todavía en la mano.

Pero ¿dónde estaba *baba*?

A través de la lluvia torrencial, Ahmed creyó ver a lo lejos la cabeza de su padre sobre la superficie.

—*Baba!* —gritó.

No hubo respuesta, y cuando volvió a mirar, todo lo que alcanzó a ver fueron las crestas blancas de las olas que se prolongaban hasta el infinito.

Max Howard casi se atragantó con el gofre.

—¿Que vais a hacer qué?

Sabía que debería haber desconfiado cuando sus padres le habían ofrecido el segundo gofre ese día. Acababan de dejar la Grand Place, la enorme plaza del centro de Bruselas donde los turistas contemplaban boquiabiertos los recargados edificios adornados con oro. Llevaban tres días en Bélgica y su madre había querido hacer una foto de familia allí. Max imaginó que la colgaría en Facebook con algún comentario bobo del tipo: «¡Empezando nuestro emocionante año en Europa!».

Era la primera vez que Max estaba en Europa, y la Grand Place, como casi todo lo que había visto hasta entonces, no le parecía real. Las estrechas callejuelas adoquinadas que la rodeaban estaban llenas de chocolaterías, puestos de gofres y tiendas de souvenirs que vendían jarras de cerveza y llaveros del Manneken Pis, la estatua del niño orinando que era el símbolo de Bruselas. Por delante de su mesa en la terraza de una cafetería pasaban turistas hablando en un barullo de idiomas, y aunque todavía era temprano, los camareros empezaban a cambiar la pizarra que anunciaba el café por la de los almuerzos. Sin embar-



go, aun atontado como estaba por el desfase horario, Max supo que había algo que no cuadraba en lo que sus padres acababan de decirle.

—Pensaba que iba a ir al colegio americano, como Claire.

Se quedó mirando a su hermana mayor, sentada frente a él al otro lado de la mesa metálica. ¿Lo sabía? Pero ella se limitó a sacudir su larga melena rubia y siguió escribiendo un mensaje a uno de sus millones de amigos de Estados Unidos. A Max le entraron ganas de arrancarle el móvil de las manos y gritarle: «¡Traidora!». En Washington ella siempre le contaba todo lo que tramaban sus padres; hasta le había enseñado técnicas para evitar que les diera un síncope cuando les enseñaba las notas. Sin embargo, ella se había enfadado aún más que Max cuando sus padres les anunciaron que se iban a vivir a Bruselas un año entero para que su padre pudiera trabajar de consultor de Defensa en la OTAN, una organización militar fundada para proteger Europa de Rusia. Y ahora le dejaba claro que estaba solo.

Su madre, sentada a su lado, se inclinó. No era mucho más corpulenta que él, pero por alguna razón logró que Max se sintiera atrapado.

—Claire está en secundaria. Ella no puede vivir una aventura como la tuya.

La palabra *aventura* no lo engañó. Sabía lo que quería decir en realidad: «Claire es una estudiante de sobresalientes que va camino de Harvard o Yale. Tú a duras penas has aprobado sexto, así que nos tememos que vas a acabar viviendo en el sótano de casa».

Max se volvió hacia su padre. Bebía a sorbos un dimi-

nuto café europeo, pero con el rostro quemado por el sol, unos pantalones cortos de camuflaje y una camiseta de la Marine Corps Marathon, se notaba a todas luces que era estadounidense. Max no había visto a un solo hombre con pantalones cortos fuera de la Grand Place.

—¿Papá?

Max sabía que sus padres casi nunca estaban de acuerdo. Pero su padre se limitó a sonreír, como si supiera lo que se proponía, y negó con la cabeza.

—Es una buena idea, Max.

Él dirigió una mirada a sus padres, asqueado. También habría abarcado a Claire si ella se hubiera molestado en levantar la vista del móvil.

—Mmm, ¿sabéis que no hablo francés?

—Aprenderás —respondió su padre.

—La señorita Krantz dijo que tienes buen oído —añadió su madre.

Max tuvo la sensación de que la abogada que había en ella había estado esperando para presentar esa prueba irrefutable. «Perdona, ¿cómo dices?», estuvo a punto de replicar. Pero era una broma tonta y estaba demasiado deprimido para hacerla.

La señorita Krantz era la profesora particular que sus padres habían contratado en Washington después de que él suspendiera casi todas las asignaturas excepto historia. Ella les había dicho que necesitaba mejorar sus hábitos de estudio y centrarse, así como ser menos impulsivo. Pero eso último tal vez lo dijera sólo a raíz del incidente con la bicicleta, cuando aquel chiflado que iba a octavo había cogido la bici de su amigo Kevin y Max había salido tras él. La cosa se hubiera quedado en nada de no haber sido por-

que el chiflado de octavo perdió el control de la bicicleta cuando Max lo agarró y se rompió el brazo. Los padres del chico culparon a Max, y hasta Kevin se enfadó mucho con él porque la bici se había abollado.

Pero el incidente de la bicicleta no era nada comparado con esto. Estaba varado en un país extranjero donde la gente comía carne de caballo (su madre se la había señalado en la tienda, así que ahora sabía que era verdad) y hablaba un idioma que sonaba como cuando alguien intenta expulsar flema, y se le estaba negando su derecho básico a dormir en clase con el murmullo de un idioma que entendía. Los estudios ya le habían ido lo bastante mal en su propia lengua. Y podía ir olvidándose de hacer amigos allí. Al menos en Washington tenía a Kevin y a Malik, con quienes compartía su afición por los juegos de rol y los cómics. Pero ¿cómo esperaban que hiciera amigos cuando ni siquiera iba a ser capaz de hablar con ellos?

Incluso el tiempo parecía estar provocándolo. Hacía apenas unos minutos lucía el sol, pero ahora el cielo estaba totalmente encapotado.

Notó cómo su madre lo apremiaba, como un frente tormentoso de entusiasmo forzado.

—¡Podrás dormir hasta tarde! La escuela está a la vuelta de la esquina. Claire en cambio tendrá que madrugar para coger el autobús...

—No es tan idiota —soltó Claire.

Max habría creído que lo defendía si no hubiera sido por el énfasis que había puesto en la palabra *tan*.

Su madre la fulminó con la mirada.

—¿Cómo dices?

—Sabe que esto no es una aventura divertida. Todos lo sabemos.

—Claire —advirtió su padre.

Max lo entendió. Ella era feliz en Washington con su millón de amigos. Le encantaba Walls, el instituto supere-litista donde había terminado noveno. Pero actuaba como si, de algún modo, él tuviera la culpa de que se hubieran trasladado cuando no había tenido nada que ver con ello. Y él no la compadecía para nada ahora, pues al menos ella hablaría inglés en el colegio.

Max apartó el gofre.

—No iré.

La voz de su madre sonó suave pero firme.

—No tienes elección, Max.

—¿Cómo esperáis que apruebe séptimo en francés?

Un grupo de turistas se volvieron. Él se dio cuenta de que estaba chillando. No soportaba lo callados y taciturnos que parecían todos en Bruselas, como si acabaran de gritarles. Hasta los niños eran más silenciosos allí que en Estados Unidos.

—Allá vamos —murmuró Claire.

—Cállate —le dijo Max.

Ella levantó la vista del móvil y le clavó la mirada.

—No vas a hacer séptimo.

Por la mirada nerviosa que se cruzaron sus padres Max supo al instante que no mentía.

—¡¿Cómo?!

—Pensamos que te sería más fácil aprender francés si repetías sexto —explicó su padre.

No se habían sentado a tomarse un gofre y un café, ¡aquello era una emboscada! Max se levantó de un salto.

—¿Me hacéis repetir?

—Piensa en lo bien que hablarás francés cuando regresemos a Estados Unidos —insistió su madre—. ¡Serás el mejor de la clase!

El mejor. Siempre el mejor. Eso era lo único que parecía importar a sus padres. Max cogió los restos reblandecidos del gofre y, empujándolos por delante de su madre, los dejó caer en la papelera.

—¡Max! —exclamó ella.

Él la ignoró, con los brazos cruzados a la altura del pecho. Le cayó una gota en la cara y se la secó con el dorso de la mano. Genial, empezaba a llover. No llevaba ni setenta y dos horas en Bruselas y ya estaba harto de esa ciudad: de los coches pequeños, las nubes del humo de los cigarrillos, los árboles escuálidos y excesivamente podados que parecían amputados, el aspecto grasiento de los establecimientos donde vendían patatas fritas y kebabs, y de los camareeros, que además de ser unos bordes se negaban a trabajar con rapidez. En una sola tarde había estado a punto de ser arrollado por un tranvía y había pisado una caca de perro (pasear por la ciudad era como participar en una carrera de obstáculos de cacas, ya que nadie en Bruselas parecía recogerlas). Había zonas que parecían sacadas de un cuento, tal como había imaginado, con casas de grandes ventanales, maceteros con flores y tejados de dos aguas; otras, en cambio, eran distintas (Max nunca había visto a tantas mujeres con pañuelo en la cabeza). Pero ninguna le hacía sentirse como en casa.

Una oleada de nostalgia lo inundó. Él sólo quería una hamburguesa, y no la extraña carne cruda que los belgas inexplicablemente llamaban *filet américain*. Imaginó a Ke-

vin y a Malik saboreando las del restaurante de Connecticut Avenue. Lo que habría dado por estar sentado con ellos allí, hablando de la última película de *Los vengadores* y haciendo planes para quedarse a dormir en casa de alguno. Pensó en escribirles un mensaje, pero le daba demasiada vergüenza admitir que sus padres le hacían repetir sexto. ¿Serían amigos suyos el año siguiente si iban a distinto curso?

Nunca se había sentido tan solo.

Oyó pasos detrás de él y una mano le apretó el hombro. Su padre no era un hombre corpulento, pero después de tantos años jugando al golf y estrechando manos en Washington, aquel gesto le salía fuerte y tranquilizador.

—No deberíamos habértelo soltado de golpe y porrazo, lo sé.

—¿Qué parte? ¿La del traslado a Bélgica? ¿La de la escuela francesa? ¿O la de repetir sexto?

—Todas —admitió él—. Pero como ha dicho tu madre, es una oportunidad. Y así no te sentirás tan presionado. Sólo tienes que aprender francés...

—¿Sólo tengo que aprender francés? Todo un idioma. Genial, gracias. Me alegro de que sólo sea eso.

Su padre se rio y Max no pudo evitar sentir que su rabia disminuía.

—De todos modos, sólo necesitas aprender cuatro palabras —añadió su padre, inclinándose hacia él con los ojos entornados.

Pero Max no iba a permitir que escurriera el bulto con una broma. Se quedó mirando en silencio la calle adoquinada. En la esquina había una mujer con un pañuelo en la cabeza y una taza en una mano. En la otra sujetaba un le-

trero del que Max sólo entendió las palabras *faim*, «hambre», y *réfugiée*, «refugiada». Si no hubiera pedido el segundo gofre, podría haberle dado los cinco euros.

—Vamos, Max —le dijo su padre con ternura—. Sólo inténtalo.

—No me queda otra, ¿no? —murmuró él.

—¡Así me gusta! Ahora, esas cuatro palabras...

Su padre miró a ambos lados como para asegurarse de que nadie lo oía antes de susurrar:

—*Où est la toilette.*

Max gruñó.

—¿«Dónde está el baño»? ¿Hablas en serio?

Su padre le alborotó los rizos castaños de forma juguetona.

—¡Mírate! ¡Si ya lo entiendes!